

Tuvo una cosa que le dicen *enginas inflamadas*. ¡Ay! Muy mala estuvo.

—Y ahora, ¿sigue mejor?—interrogó Rogelio por seguir hablando, aunque las anginas de doña Pascuala no le quitaban el sueño.

—Ya sanó de todo. Pues si no sanase, tampoco me marchaba yo de *junta* ella.

—¿Estaba V.... allí?—(Rogelio no se atrevió á decir *sirviendo*.)

—Sí, señor, desde que vine de *allá*.

—¿Conque galleguita?

—No tengo por qué negarlo.

—Ni yo tampoco, caramba.

—No, señor, por cierto. Es una tierra muy buena, mejor que la de Madrid y la de todo el mundo.

Rogelio sonrió, agradado del patriotismo de la muchacha, y comenzando á sentirse bien con ella, porque le parecía incapaz de burlarse de nadie. Estaban próximos á la casa: Martín, que se había adelantado, paraba su *jamelgo*, operación más fácil que la de obligarle á salir al *trote*, y, desde el portal, doña Aurora hacía señas á su hijo.

V

MAMÁ, aquí te traen una amorosa epístola.
—¿Esta chica?

—Sí, señora... De las señoritas de Romera.

—A ver, venga. Puede que sea cosa de despachar acto continuo.

Pero apenas hubo roto el sobre, la señora se echó á reír.

—¡Qué chiflada estoy! Sin mis gafas... Rapaz, lee tú.

Desplegó Rogelio la misiva, y ahuecando la voz, comenzó así:

—“Alta y poderosa y sobajada señora; si la vuestra fermosura...”

—Mira, niño, lee formal, que aquí corre un frío de los diablos y con el reuma mis caderas no están para músicas.

En tono natural leyó Rogelio:

“Nuestra más distinguida amiga: La dadora, Esclavitud Lamas, manifestará á V. el favor que pide. Nosotras sólo podemos atestiguar que todo el tiempo que estuvo en esta casa, observó ejemplar conducta, sin faltar nunca á su obligación; tanto, que su marcha nos deja muy disgustadas, por no tener queja ninguna de ella, al contrario.

„Quedan de V. afectísimas sus antiguas amigas,

“PASCUALA Y MERCEDES ROMERA.,”

—¿No dice más, hijo?

—Trae una posdata tonta. No la leo, ea.

—¿Una posdata tonta?

—Sí; que por qué no me dejas ver, que ya estaré hecho un buen mozo... Las bobadas de cajón.

—Te lo estoy diciendo siempre, rapaz,—ex-

clamó la madre con viveza.—Nunca subes diez minutos á casa de esas pobres señoras que te quieren tantísimo. Como que te han conocido así, hecho un muñeco. Pensarán que es culpa mía. Pues bastantes veces te hablo de ellas. ¡Pascuala y Mercedes! Si tú no vas iré yo.

— ¡Pero, *mater terribilis*, si en cuanto piso aquella antesala me entra un sueño... y no hago sino bostezar!

— Pues son unas santas.

— ¡Amén; yo no les quito su santidad; sólo digo que son tan pesaditas, tan patosas! Hablan á dúo como los alemanes de *La Diva*. “Rogelito, ¿qué tal la mamá? ¿Y los estudios?,” —Al decir, así imitaba la voz cascada y el acento malagueño de las solteronas.

— Valiente pinturero estás tú, —murmuró la señora reprimiendo la risa. — No sé por qué te han de dar sueño Pascuala y Mercedes.

— Insondables enigmas del corazón humano. Arcanos profundos. En aquella *dimora casta è pura* flota en la atmósfera un beleño letal.

— ¡Farsante!

Mientras duraba esta escaramuza entre la madre y el hijo, la muchacha esperaba inmóvil, sin levantar los ojos del suelo. Doña Aurora se hizo cargo y se encaró con ella.

— Hija, dispense V. Aquí dice que V. me explicará el objeto de su venida. ¿Quiere subir?

— No, señora... Por mi no se moleste. Aquí mismo...

— A ver, no tenga V. reparo. ¿Alguna recomendación?

— Recomendación, no, señora, Es que yo quiero entrar á servir en casa de V... ó de otra familia gallega, —añadió después de una pausa.

Doña Aurora miró fijamente á la postulante, y creyó advertir que se ruborizaba un poco.

— ¿Usted... no estaba contenta con las señoritas de Romera, según eso?

— Sí, señora; por contenta sí... y me parece que ellas también conmigo; ya lo ve por la carta que me dieron. Por lo que es de las señoritas, estaría yo en la santa gloria, que son muy buenisimas, no despreciando: Dios las florezca. Sólo que á las veces... hay personas buenas y no se hace uno con ellas. Esas señoritas son de allá de Málaga, en tierra de Andalucía, y tienen unas costumbres y unas comidas que yo no las entiendo. Hasta el habla suya es atravesada para mí. Cuando me mandan hacer una cosa y no comprendo, me quedo como si me leyesen la sentencia de muerte. Y luego, señora, la verdad por delante: el no estar entre gente de su tierra, ni oír mentarla nunca, le pone á uno el corazón muy negro. Por la metá de soldada y con doble de trabajo, quiero servir á una persona del país.

Lo dijo con tal persuasión, que se aumentó la benevolencia de doña Aurora, prendada ya del porte decente y honesto de la muchacha, tan distinto del desgarrado que gastan las *Mene-gildas* madrileñas. Sólo que no veía claro aún en la historia: allí debía de haber algún intríngulis. Delante de la puerta, el simón chupaba su papelito, mientras el jamelgo bajaba la cabeza

y estiraba los belfos, soñando con pienso abundante y prados deleitosos.

—Hija — advirtió la señora — yo voy á sentarme en el coche. Como no tengo sus años, me pesa el cuerpo y las piernas me bailan. De no subir, el coche sea conmigo.

La galleguita la ayudó á colocarse, y desde dentro, doña Aurora preguntó:

—Diga... Y estando V. tan pegada á la tierra, ¿cómo se vino de allá?

¡Ah! de esta vez no cabía duda: fué rubor, y rubor encendidísimo, el que tiñó los pómulos de la sirvienta. Y al contestar — se necesitaba ser sordo, y sordo verdadero, para no percibirlo — tartamudeaba, sobre todo en las primeras frases.

— A las veces... tiene uno... que hacer aquello que menos le está pidiendo el corazón, señora... Somos hijos de la suerte. A mí me criara mi tío, el cura de Vimieiro. Dispuso el Señor de llevárselo; quedé sin arrimo. Para comer pan hay que trabajar. Era reina en mi casa; ahora sirvo. Alabado sea Dios, y nunca nos falten las manos y la salud.

—¿Cómo no entró V. á servir allá?— insistió la señora, que sobre una pista era más fina que el mejor sabueso. Y que la pista existía, no pudo dudar al ver que ya no era rubor, sino llamaradas de fuego, lo que pasó por el rostro de Esclavitud.

—No... no se me proporcionó— respondió con acento ahogado.—Luego, como allí todos me conocían, me daba vergüenza.

Doña Aurora Pardiñas recapitó cosa de dos minutos, y endulzando el tono para suavizar lo áspero de la idea.

—Vamos á ver... Quien la recomienda á V. son las señoritas de Romera, que... que la conocen sólo del tiempo que estuvo en su casa. ¿No es eso? Pues sería conveniente... V. se hará cargo de ello... que tuviese aquí otras personas de allá, del país, para responder.

La muchacha titubeó un instante, y resolviéndose al fin, contestó:

—Me conocen el señorito Gabriel Pardo de la Lage y también la hermana.

—¿Rita Pardo? ¿La casada con el ingeniero? Pues si la trato mucho. ¿Y dice V. que la conoce?

No contestó la chica sino alzando la mano y el hombro como para expresar: "¡Bah! Desde que nació."

—Bien... — murmuró la señora.— Francamente, hija, siento que deje V. á las de Romera. Mejor casa y mejores señoritas...

—No niego eso— replicó Esclavitud con mayor energía si cabe;— solamente que ya le he contado la verdad, señora, como si estuviese hablando con mi difunta madre ó con el confesor. Pegó conmigo la morriña, y si no salgo creo que se me revuelve la cabeza ó me voy derecha á la sepultura. Yo no comía. Yo me metía á cavilar por los rincones. Yo me fuí quedando morena, morena, y tan flaca, que la ropa se me cae. Yo de noche tenía unos aflictos como si me atasen una sogá al pescuezo tirando mucho. Con esto

y con todo me daba empacho descubrirme á mis señoritas. Lo conocieron ellas, y fueron las primeras en aconsejarme que, de no volverme á la tierra, que me metiese en alguna casa de gente de allá. "Hija, estás tan desmejorá que pareces otra.", Mismo así me dijeron.

Al hacer esta narración, la barbilla de Esclavitud temblaba como la de los niños cuando reprimen la emoción que precede al llanto. Los ojos no se veían, porque los bajaba, según costumbre.

—Serénese—ordenó afectuosamente la señora. Iba entrándole una simpatía irresistible por aquella muchacha, de porte tan modesto y de corazón al parecer tan sensible. ¡Qué poco se parecía á las descocadas de Madrid, á las charranas de los barrios, chulapas sin pudor que no pueden estar en una casa decente! Justamente no hacía hora y media que la Pepa, la doncella, por un quitame allá ese polvo, se había desvergonzado poniéndose como una verdulera. Esta galleguita podría haber tenido... qué sé yo... cualquier desliz... porque lo de la escapatoria de su tierra no resultaba claro; pero el tipo era tan... vamos, tan de mujer de bien... Sabe Dios lo que le habría sucedido á la pobrecilla.

—Mire—declaró adelantando la cabeza por la portezuela—lo que es ahora mismo no le puedo contestar fijamente si la tomo ó no. Dése V. una vuelta mañana á estas mismas horas, y llame en el entresuelo. Me alegraría de que... pero hay que pensar lo. Si yo no pudiese, haré por

descubrir alguna casa gallega... Dígame V. las condiciones, por si otra persona quisiese saber...

Esclavitud arrollaba entre las yemas del pulgar y el índice un pico del pañuelo de seda negra.

—Dios se lo pague. Por la soldada tanto me da un duro más como un duro menos. Al trabajo no le pongo mala cara. De cocinera no voy porque no sé estos guisos finos que se estilan ahora; sé las comidas de la tierra, así, sencillas. En lo demás me parece que daré gusto, lo mismo en limpiar, que en el repaso, que en la plancha. Lo que le pido es que en la casa que me busque, no haya... vamos... hombres que...

—¡Ya, ya!...—atajó doña Aurora. Y añadió bromeando:—Pero y entonces ¿cómo pretende V. mi casa? ¿No ha visto V. que en ella hay un hombre?

Señaló á Rogelio, que repuesto de su corteidad con la presencia de su madre, consideraba á la chica, reclinado en la portezuela del simón. Esclavitud siguió la dirección de la mano de la señora; por primera vez sus ojos, verdes, cambiantes, de mirada cándida, se fijaron en el estudiante: luego pronunció risueña:

—¿Este señorito es su hijo? Por muchos años... Dios se lo conserve. Este no es de los hombres que yo decía. Por ahora es un rapaz.

Demudóse Rogelio como si le hubiesen dirigido el más atroz insulto. Para disimular quiso reír, y la risa se le atascó en la garganta. Preciso es consignarlo: hasta sintió como el ardor de una lágrima en los ojos. Fué uno de esos ins-

tantes de rabia insensata y profunda, que alguna vez ha de sufrir el varón cuya infancia se prolonga más de lo justo; instantes en los cuales se apetece, como el mayor bien, poseer el amargo tesoro de la experiencia: dolores, desengaños, tribulaciones, luchas, enfermedades, canas, arrugas en el rostro, fracasos, traiciones de la amistad y del amor... todo, todo á trueque de oír la palabra reveladora, de gustar el fruto del bien y del mal, la eterna manzana dorada por un lado y sangrienta por otro. Todo por llenar el destino humano; todo por recorrer el ciclo de la vida.

VI.

CUANDO arrancó á andar 'el simón, la señora gritó á su hijo, que iba en el pescante: "Da las señas de Rita Pardo." Rogelio obedeció, pero así que llegaron á la fea calle del Pez, donde vivía la señora del ingeniero, saltó á abrir la portezuela y dijo:

—No subo. Para esos informes que vas á tomar no me necesitas.

—¿Y á dónde te vas ahora?

—Por ahí,—respondió no sin alguna sequedad el estudiante, echando á andar y haciendo á su madre con la mano esa señal de despedida del hombre que se emancipa, algo semejante al

nervioso aleteo del pájaro cuando le abren la jaula. Sin dar otra explicación, y embozándose más ceñido, desapareció en la revuelta de la primer esquina. La madre le siguió con los ojos mientras pudo: después suspiró y sonrió á medias.

—Algún día ha de ser...,—pensaba.—Está en una edad en que no se puede tirar de la cuerda mucho. Por supuesto que á mí no me la pega el pobriño: esto es un puro alarde de independencia: mirará cuatro escaparates, comprará seis ú ocho periódicos, dará unas vueltas con algún amigo que encuentre... y á su farmacia en seguida. Yo, si le viese fuerte, robusto, hecho un brutazo... otros á su edad tienen cada espalda y cada barbota negra que parece un tojal... El es así, tan finito, tan poquita cosa... Sácamele adelante, Virgen de los Remedios.

Las inquietudes maternas se apaciguaron cuando la señora, soltando el pasamano de la escalera, agarró el cordón de la campanilla para llamar en el tercer piso efectivo, con honores de principal, de Rita Pardo. Salió á abrir una niña como de once ó doce años, pálida, ojinegra, mal atusada y peor vestida, que en cuanto vió visita se escapó corriendo y gritando:

—¡Mamá! ¡mamá! La señora de Pardiñas.

—Que pase á la sala... voy inmediatamente...

—respondió desde alguna oficina interior, cocina ó despensa, una voz de mujer. Doña Aurora, sin esperar el permiso, se dirigía ya al salón, modelo cumplido de la cursilería mesocrática, rebosando pretensiones y sin un solo mueble

sólido ni artístico. Había dos ó tres sillas de felpa de colores variados, una *étagère* con estatuitas de fundición, cacharros vulgares, y algún objeto de plata, sin ningún mérito, que sólo por ser de plata estaba allí; una alfombra de moqueta mal barrida; dos retratos al óleo del señor y de la señora, en óvalo, con traje dominiguero, y otras ridiculeces semejantes. Conocíase que la sala se ventilaba y aseaba poco, y la alfombra daba evidentes indicios de haber en la casa criaturas menores.

Al cabo de diez minutos, apareció la señora del ingeniero, Rita Pardo. Venía acabando de abrocharse una bata demasiado lujosa, de raso azul pálido con encajes crema, por encima de la ropa interior, sucia del trajín casero: acababa de pasarse la borla de polvos, y le sonaban los brazaletes. Aunque ajamonada y algo desbaratada de cuerpo, ni la maternidad ni la madurez habían podido eclipsar su picante hermosura; pero la coqueta á quien conocimos poniendo el plano inclinado á su primo el marqués de Uloa, se había transformado en matrona circunspecta y barnizada de una espesa capa de decoro, bajo la cual sólo el ojo lince del observador podía descubrir á la mujer verdadera, invariable, porque las almas se tiñen, se disfrazan, pero no se renuevan. Saludó cordialmente á la señora de Pardiñas, con aquello de "Tanto bueno, Aurora... ¡Jesús! En esta vida de Madrid, se van los meses y ni sabe uno de los amigos... Me coge V. hecha una visión... Las manías son terribles: las pierde uno en atender á

chinchorrerías y á recaditos ... Cuánto va á sentir Eugenio..."

Apenas dejó doña Aurora entrever el objeto de su visita, Rita Pardo suspendió la charla, y atendió con una curiosidad evidente, pintada en sus voluptuosos ojos negros y en su boca dura y fresca. Prolongada serie de gestos ambiguos y de risitas sospechosas fué preludeo al siguiente comentario.

—¡Qué me dice V., qué me dice V.! ¡Esclavitud Lamas, Esclavitud Lamas! ¡La del abad de Vimieiro! ¡Ta, ta, ta, ta, ta! ¿Y cómo ha ido á batir con V. Esclavitud Lamas? ¿No es una chica rubia?

—No sé si es rubia. Lleva pañuelo negro que le tapa la cabeza. Viste de luto riguroso, muy aseada. La traza excelente.

—¡Vaya, vaya! ¡Conque Esclavitud Lamas, señor! ¡Mire V., mire V.! Si, es, como decimos allá, muy moinita, muy modosa: habla tan pacato y tan suave que á veces no se la oye. Huele desde cien leguas á sacristía y á incienso. ¡Una santita mocarda!

Doña Aurora iba escamándose más de lo justo con este prefacio: resolvió, no obstante, disimular y apurar la verdad, toda la verdad, si quiera el descubrirla doliese á su corazón, interesado por la chica.

—¿Conque V. la conoce mucho?

—¡Jesús! Como á los dedos de las manos. ¡Si la conozco! Ese cura Lamas Tarrío era muy amigote de casa, ya antes de que papá le presentase para Vimieiro, cuando servía el otro

curato en la montaña. Siempre le teníamos de huésped, y muy aficionado á hacer regalos: que manteca, que quesos, que huevos en Pascua, que en Navidad capones... Papá le apreciaba, porque en la montaña corrió bastante tiempo con la cobranza de las rentas. En fin, él era todo nuestro. A papá le debió también favores... favores gordos, doña Aurora.

—Bien: lo que yo deseo saber es lo referente á la muchacha. Si no tiene ningún mal antecedente, si puedo admitirla en mi casa... para mi será una satisfacción. No estoy contenta con la Pepa, y esta chica me ha entrado.

Rita Pardo sonreía con malignidad, al paso que estiraba los encajes de su manga izquierda, un poco abarquillados por el uso. Enarcó las cejas é hizo un mohín de difícil interpretación.

—¡Pst! Buenos antecedentes, es un término muy elástico, como V. comprenderá. Los buenos para unos son... medianitos para otros. En eso, hay quien hila más ó menos delgado. Si á V. le gusta tanto la chica...

—¡No, poco á poco!—exclamó alarmada ya la señora.—Para mí los buenos antecedentes son... los antecedentes buenos, sin más acá ni más allá. Sea V. franca y dígame todo lo que sepa, qué á eso he venido; y ya con la espina que V. me clava, no tomo yo la chica, ni coronada de gloria, sin que V. me explique...

Volvió Rita á dar tormento á los encajes, y suspiró como quien se ve en aprieto.

—Aurora... hay cosas de esas que... que por

muy públicas que sean, no puede uno tomar sobre su conciencia el descubrirlas. ¿V. no está en autos, eh? pues sería muy feo que yo la pusiese. ¿Que no llegó á oídos de V.? Mejor; ventaja para Esclavitud. Y puede V. tomarla, que á mí se me figura que resultará una excelente doncella.

—V. se guasea, Rita,—dijo la señora dando vado á su impaciencia creciente.—Me envuelve V. el asunto en el misterio, me hace V. de él una montaña, y luego me sale con que puedo recibir á Esclavitud. No, hija; en mi casa no se recibe á la gente así, sin más ni más. Aclare V. el enigma, y entonces...

Al llegar la entrevista á este terreno, adoptó Rita una actitud que hasta rayaba en desatenta. Se hinchó de nariz y de pecho, se hizo atrás y empezó á negarse, con el acento de la dignidad ofendida y del pudor lastimado.

Cuando después de agotar los razonamientos, doña Aurora obtuvo por seca respuesta un "Lo siento mucho, pero es imposible", la señora hubo de levantarse, no cuidándose de reprimir el mal humor que le producían aquellos imperitinentes tapujos. Ya murmuraba con cólera: "V. perdonará que haya venido á molestar", cuando, después de un fuerte repique de campanilla y algunos gritos infantiles en el recibimiento, entró en la sala la niña mayor,—la zangolotina de doce años,—saltando de júbilo y exclamando:

—Mamá, mamá, tío Gabriel.

Entonces la viuda de Pardiñas, con repentina